

cionario. Aspira a la libertad, a un tiempo nuevo (eterno mito de la edad dorada, del paraíso perdido), a una nueva cultura de la hispanidad. También habla de un Apocalipsis final. En esta nueva parusía confluyen lo mítico y lo profético como telemensajes de la poesía.

La exégesis de Larrea es tan interesante como arriesgada. Se aparta de los postulados críticos de uso. El texto es ultratexto (más allá del texto), no pre-texto, ni pos-texto. Su lectura de Darío o de Vallejo es «otra» lectura, no la interpretación usual. Se «mete» en los textos y en los poetas y se hace su defensor más que su crítico. Su exégesis es apasionada en medio de una crítica que presume de pruritos profesionales. El crítico ha de ser un lector apasionado y razonante que con-viva con el autor y cree con-texto, crítica creadora, con valor estilístico en sí misma que ayude y no aburra al lector.

Larrea distingue dos modos de creación artística siguiendo a Jung; el psicológico y el visionario. Considera a Rubén Darío y a César Vallejo poetas visionarios<sup>22</sup>. El poeta sería el mensajero del inconsciente colectivo que se transforma en experiencia viva y tiende a dominar la zona consciente de la época. Más importante que el poeta es el mensaje. El artista debe sacrificar su deseo de felicidad y entregarse a la pasión inexorable de la creación. «Es el mensaje el que, a fin de exteriorizarse y en el seno de una psicología de campo, instrumenta a Darío. Y dicho mensaje es algo que pudiera hallarse implícito en el alma de los americanos, aunque sea inconsciente para cada uno de ellos, en cuanto que es cosa que late en su inconsciencia colectiva. Ocurre lo mismo en el caso de Rubén que en el de Vallejo cuya experiencia según pudo apreciarse, se engarza en la línea dariana». (p. 73)

Darío y Vallejo son mensajeros de la raza hispánica, cruce de pueblos y culturas, mestiza y doliente, esperanzada. La poesía es también palabra iniciática y liturgia de imágenes, meta-poesía, mensaje. El poeta revela aquello que está tapado por la realidad cotidiana y anuncia el Apocalipsis como una revolución poética contra el tiempo viejo en busca del principio, un tiempo nuevo donde sea posible la edad de oro, el paraíso perdido. El universo poético abierto por Darío, su revolución poética se cierra en la revolución poética y humana de Vallejo, en la parusía final del paraíso perdido y encontrado (conquistado). Larrea resume así el sentido de Rubén como hombre y poeta, consideración que también vale para Vallejo: «En pocas palabras, Darío se nos aparece como el poeta-profeta de la crisis universal de la cultura, contemplada desde nuestro ángulo. Desconocerlo equivale a desconocernos a nosotros mismos. Su problema esencial es nuestro problema». Lo hemos ignorado porque nos ignorábamos. Empezamos a darnos cuenta de él en cuanto empezamos a darnos cuenta de nosotros mismos, esto es, en cuanto comprendemos que, como gérmenes de Mundo Nuevo, nuestra razón de ser efectiva reside en el porvenir. Esto es lo que entonces, como le es obligado, justifica a través nuestro a Rubén Darío.

América (y el mundo entero) debe leer el mensaje de sus poetas-profetas, de Rubén Darío y César Vallejo. Larrea es el exégeta, más que crítico, el defensor de este mensaje, que es nuevo y verbo, poema y revolución. Este mensaje escuchado y vivido, dará res-

<sup>22</sup> Ideas expuestas por Larrea en una conferencia sobre César Vallejo y publicada por el Centro de estudios vallejanos de la Universidad de Córdoba (Argentina).

puesta a la crisis de nuestro tiempo, viejo y caduco que espera una nueva epifanía: «Todo ello significa, en términos culturales, que la crisis de nuestra época está viviendo en nosotros, es decir, en el Hombre, la suprema etapa del proceso que como el de los místicos, se proyecta al Ser Universal. No es otro el tema genuino de nuestro tiempo paradójicamente existencialista». (p. 185)

Para Larrea la nueva cultura americana debe construirse a partir de la palabra de sus poetas, desde el verbo que también es el ser. Para él, en el principio fue la palabra y no el caos. El mundo viejo, sumido en el caos sólo puede ser salvado por la palabra mesiánica de sus poetas-profetas como Rubén o Vallejo. A la mente científica y cuantitativa opone la mente (alma y corazón) ético-estética. Larrea, poeta al principio de su trayectoria vital y luego ensayista creador, participa en la profecía de sus poetas amados cuando al final del libro escribe. «Estamos al borde mismo de la Cultura Nueva, equivalente a una especie humana nueva, que por cuantas partes se mire pone a la Conciencia Cultural en presencia del Ser Absoluto. El verbo ha hablado, ha emitido su palabra destructora de la situación histórica precedente, dando prueba de presencia de su ser más allá de tiempo y espacio». (p. 186)

## Juicios críticos sobre Larrea

El enfoque de Larrea sobre la cultura y la poesía ha tenido defensores y detractores. Cito entre los primeros a David Bary<sup>23</sup> y entre los detractores a André Coyné.<sup>24</sup> David Bary recoge opiniones de Vittorio Bodini<sup>25</sup> quien señala que Larrea es el padre desconocido del surrealismo en España, de Luis Felipe Vivanco<sup>26</sup> quien indica que a «Larrea se debe un profundo cambio de rumbo» en la poesía de la generación de 1927. David Bary subraya que los cambios que se hicieron notar hacia 1928 y 1929 en la obra de Lorca, Alberti, Aleixandre, Cernuda y otros, se anunciaron primero en los escritos y actividades de Larrea. Destaca el gesto de Larrea de «entrar en poesía como quien entra en religión», su renuncia a una vida acomodada y viaje a París donde su amigo Vallejo funda la revista innovadora *Favorables París Poema*. En el número uno publica su manifiesto de 1926 «Presupuesto vital». Allí ya expone su concepto del artista; es «quien se inmola a la atracción y repulsión que entre sí experimentan inteligencia y sensibilidad». De esta guerra nace la creación, el poeta se inmola, abdica de su voluntad soberana. Son ideas primigenias de Larrea que luego aparecen en otros escritos, en los estudios sobre Darío o Vallejo. También señala Bary la importancia que tienen para

<sup>23</sup> David Bary, *Lo que va de siglo, Pre-textos, Valencia 1987, véanse los capítulos VII y VIII, pp. 83-99. Del mismo David Bary: Larrea: poesía y transfiguración, Planeta, Universidad Complutense, Barcelona, 1976 y «Sobre la poética de Juan Larrea», en Cuadernos Hispanoamericanos, números 322-323, abril-mayo de 1977, pp. 1-14.*

<sup>24</sup> André Coyné mantiene una vieja polémica con Larrea que llega hasta el número 448, octubre de 1987, de Cuadernos Hispanoamericanos, donde publica el trabajo «Moro entre otros y en sus días», texto y pretexto de varias notas extensísimas donde responde y critica a Larrea.

<sup>25</sup> Vittorio Bodini: «Introduzione a Juan Larrea», *Versione celeste, (Torino, Einaudi, 1969)*. Este texto había sido publicado primero en Bodini: *I poeti surrealisti spagnoli, Einaudi, Torino, 1963.*

<sup>26</sup> Luis Felipe Vivanco, «La generación poética de 1927», en Guillermo Díaz Plaja, *Historia General de las Literaturas Hispánicas, VI, 511.*

el poeta Larrea las artes plásticas<sup>27</sup> «Vista la trascendencia de las imágenes visuales dentro de las estructuras mentales larreanas, es perfectamente natural la gran atención que presta Larrea a las artes plásticas».

En el número 448 de *Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre 1987, aparece un trabajo de André Coyné «Moro entre otros y en sus días»<sup>28</sup> que le sirve como pretexto, sobre todo en las notas, tan extensas, para continuar una vieja polémica con Larrea sobre el tema de César Vallejo, y el surrealismo. Sucede que Juan Larrea ya no está aquí para contestarle. Coyné retrotrae viejas polémicas que se remontan a las «Conferencias vallejianas internacionales» de julio de 1967. Coyné no comparte las tesis críticas de Larrea: «Desde que abandonó la “poesía” por la “teleología”, ya vimos que si Larrea siguió leyendo a los “poetas” fue en busca de elementos para sus investigaciones histórico culturales, susceptibles de apoyar lo que denominé su “sistema”»<sup>29</sup>. A Coyné le interesa la poesía y no la teleología. Es un crítico ortodoxo, académico y no comparte los puntos de vista de Larrea, para quien la poesía es un metalenguaje místico y la palabra signo trascendente. «Las tesis teleológicas de Larrea siempre me han parecido adolecer de dos defectos mayores: su excesivo españolismo y el que constantemente entreveren el elemento moderno con el elemento tradicional»<sup>30</sup>. La polémica de Larrea-Coyné nació con Vallejo. Toda la larguísima nota 50 habla de menosprecios y viejas heridas no cicatrizadas: «En realidad cuando de «vallejismo» hablaba y lanzaba convites a “vallejistas” de acá y de acullá, Larrea establecía dos planos: uno inferior en el que se movían los demás, todos los demás, y en el que ocasionalmente él intervenía para aportar un dato, apoyar o rectificar una interpretación; y otro, muy por encima del primero, que era su dominio exclusivo, donde no toleraba que alguien más pretendiera incurrir, salvo que fuese con ánimo de aplaudirle». El tiempo pasado no ha hecho olvidar todavía aquellas hieles. Esta cita nos sirve para entrever a Larrea en su oficio de sacerdote —crítico, metapoeta que ha renunciado a la poesía para trascender a una cultura superior de iniciados, a la teleología. Bary indicaba la importancia de Larrea como poeta innovador, su influencia en la poesía española del 27. Larrea, un poeta estimable, renuncia a su propia poesía para ser crítico o exégeta de grandes poetas como Rubén Darío o su amigo César Vallejo. En este gesto hay también humildad y mérito. ¿Se consideraba Larrea heredero espiritual de Vallejo? Sí lo era. Por su amistad en los años decisivos de París donde co-crearon la revista *Favorables-París-Poema*, por sus afinidades electivas. En la polémica sobre César Vallejo y el surrealismo, ya Larrea había renunciado a la vieja cultura europea (a lo francés) para entregarse a la nueva cultura americana. André Breton sólo representaba postulados estéticos, viejos, frente a César Vallejo que ofrecía una nueva vía estético-ética. Breton era el poeta de manifiestos y tertulia (condición a la que Larrea ya había renunciado) y César Vallejo era el poeta-profeta que siguiendo la lira de Darío pregonaba la revolución creadora de América.

**Amancio Sabugo Abril**

<sup>27</sup> Véase «Pintura y nueva cultura» en *Juan Larrea y Herbert Read: Pintura actual*, Universidad Nacional, Córdoba, Argentina, 1964, p. 63.

<sup>28</sup> Véase el mencionado trabajo pp. 73-89.

<sup>29</sup> Nota 49.

<sup>30</sup> Nota 50.